

No soy, tal vez, por razones de falta de trato, la persona más indicada para hablar de quien fuera nuestro vecino, el reconocido periodista Luis Carandell. Sin embargo, quiero unirme al homenaje que le hace Atienza - el lugar que eligió para veranear y para su último reposo-, aportando esas pequeñas vivencias que han tenido relación con él y que, de alguna manera, manifiestan algunos rasgos de su persona que, estoy segura, la mayoría de quienes sí le trataron, reconocerán.

Eran los años de los duros debates parlamentarios de la transición, cuando apareció en la pequeña pantalla un comentarista que no pasaba desapercibido, por aquel aplomo mezclado de ironía con el que narraba las incidencias de las sesiones en aquellos tiempos de profundos cambios. En casa a todos nos caía bien y, hay que decir, que no perdíamos “ripió” del programa, era uno de los que más agradaba a la familia, por unanimidad.

Después supimos que ese presentador, que tanto éxito tenía en las veladas familiares, había comprado la casa del bisabuelo y pasaba temporadas en Atienza.



La casa del bisabuelo - padre de mi abuela materna- estaba próxima a la del abuelo materno, en la misma calle, teniendo en la parte trasera, como todas o casi todas las viviendas antiguas de Atienza, su corral, de suerte que, desde la galería del primer piso de la casa del abuelo, que recaía sobre el

propio, tenías vistas sobre el resto de los corrales adyacentes, uno de ellos, el que fuera del bisabuelo y pasara a ser de Luis Carandell y familia, por compra. Y es en este escenario donde recuerdo haberle visto por primera vez. No deja de ser curiosa la forma, que paso a contar. Me encontraba en la galería que recaía sobre el corral, leyendo al sol, en una de esas limpias y frescas mañanas de los veranos de interior de embriagante olor a estepa. De pronto escucho un: “Buenos días, gatito” en una voz, inconfundible, que reconocí de inmediato. Alcé la vista, y allí estaba Luis Carandell, con los brazos apoyados en el muro del corral, sobre el cual un gato reposaba, a su lado, sin la menor inquietud. Simpática y entrañable escena esta bonita simbiosis de naturaleza, humano y animal, en un todo indisoluble y armónico.

